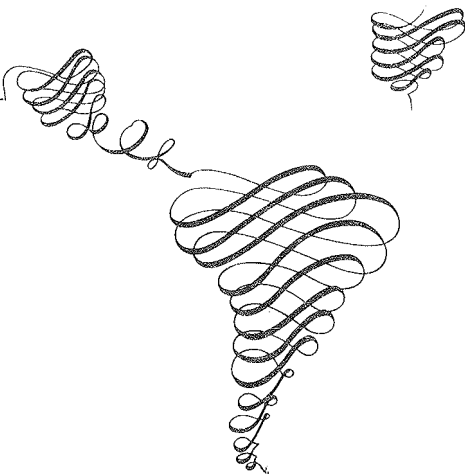




Quousque tandem...?

LOS múltiples

casos de corrupción descubiertos y los muchos más que todos sospechamos que no han sido aún descubiertos constituyen hoy la preocupación prioritaria de los españoles. El debate sobre el Estado de la Nación se convirtió, con toda justicia y por imperativo de una ciudadanía asqueada, en el **debate sobre el estado de la corrupción**. Resultaba imposible que el Parlamento debatiera los grandes temas del déficit, el paro, el terrorismo, la vertebración de las Comunidades Autónomas y los nuevos problemas planteados por la inminente ampliación europea, si antes no se erigía en cirujano de la corrupción que abochorna a España. De ahí que el 90 por 100 del tiempo de los debates se ocupara por unos y por otros en denunciar o tratar de remediar la creciente italianización de la vida nacional. La corrupción fue tema casi único de las reseñas de la prensa, que se hizo eco de las más de cien medidas adoptadas para descubrirla, castigarla y prevenirla. Y es que el país exigía una purificación, una catarsis, estética y traumática, que nos devolviera la esperanza.

Pero, a pesar de las cien medidas, el debate sobre el Estado de la Nación puede considerarse un rotundo fracaso:

— **El Gobierno no consiguió recuperar su credibilidad** porque, atrincherado en la razón de Estado, no aclaró las irregularidades en la administración de los fondos reservados, se negó a crear una comisión especial sobre FILESA y el presidente no tuvo el valor de dimitir o al menos de plantear

la moción de confianza, como exigía una buena parte de la ciudadanía.

— **El Partido Popular defraudó** porque, tras un ataque verbal globalmente descalificador del Gobierno, subordinó los intereses generales a su estrategia de partido y careció de agallas para presentar una moción de censura que, aunque la hubiera perdido por la aritmética parlamentaria, hubiera clarificado la voluntad purificadora de unos y otros.

— **El ciudadano de a pie se sintió estafado** y tratado como un menor al que se le engañaba presentándole unos cuantos chivos expiatorios que, asumiendo responsabilidades personales, se convertían en escudo protector de quienes los nombraron o los mantuvieron en el cargo.

AL día siguiente, de nuevo afloró, como no podía ser menos, el gran fantasma que asusta y asquea a los honrados. La suma ingente de asuntos sucios, estafas, prevaricaciones, financiaciones ilegales, mordidas, evasión de capitales, usos en beneficio propio de informaciones privilegiadas, medros personales a costa del erario público, desvío de fondos reservados para fines inconfesables, licitaciones ficticias, contrataciones a dedo, encumbramiento de los amigos y las cien mil maneras inventadas por los grandes pícaros de siempre, que ahora ya no duermen bajo los puentes sino en lujosas mansiones y ya no mendigan en las puertas de las iglesias sino que obtienen, reparten y venden favores en la cumbre de la Administración (Banco de España, BOE, Dirección General de la Guardia Civil) ha superado el límite de lo que el estómago nacional puede digerir sin provocarle vómitos. ¿Hasta cuándo? ¿Hasta dónde?, se preguntan los políticos sanos, los medios de comunicación y la calle entera. Toda España es el gran garbanzo de Cicerón que clama ante el estrado: **quousque tandem, Hispania?**

Las medidas adoptadas tras el debate no han conseguido generar confianza, porque nadie sabe cuáles son las complicidades ni dónde hay que cortar para que la corrupción no se reproduzca. Cuando la desconfianza es tan grande, ya no vale que los gobernantes se presenten con la guadaña en

la mano dispuestos a segar la cizaña. La gente desconfía y recuerda con recelo al visceralmente absolutista Fernando VII que, para conservar el trono, aceptó la constitución con aquel lema, emblemático de la más refinada hipocresía: «marchemos todos juntos, y yo el primero, por la senda constitucional». El mito de la **hidra de Lerna** se ha convertido en la metáfora descriptiva del momento en que vivimos. Aquella monstruosa serpiente tenía la terrible cualidad de que, cuando se cortaba alguna de sus siete cabezas, inmediatamente le volvía a crecer, a menos que, de una vez, se cortaran todas.

ESO piensa hoy de España la mayoría de los españoles. En este momento nadie cree que exista un Hércules capaz de seccionar de un tajo las siete cabezas de la hidra.

Por eso, el presidente del Gobierno, como credencial previa a su comparecencia ante la prensa, necesitó exhibir en la bandeja de Salomé la detención del ex gobernador del Banco de España y del ex síndico de la Bolsa de Madrid y las dimisiones de Carlos Solchaga y de los ministros del Interior y de Agricultura. Debía demostrar al país que, puesto que era capaz de cortar las grandes cabezas, también lo sería de cortar las demás. Esta postura, en apariencia gallarda, era la única que podía evitarle su propia dimisión. En este contexto real, y no en el hipotético, y tal vez más deseable, de un presidente dimisionario, es en el que se producen nuestras reflexiones ético-políticas sobre el delicado momento que vive España. Helas aquí, sintetizadas en siete puntos:

1. La corrupción de los notables es reflejo de una sociedad corrupta. Hemos elegido a treinta ciudadanos normales, de los que actúan como habitualmente actuamos los españoles y el análisis de su conducta es desolador: un ama de casa paga a su asistenta (y ésta recibe) las horas, sin factura ni retención; un propietario cede a un albañil la exclusiva para vender un solar de su propiedad en el precio de seis millones, de los que el albañil ha incrementado su dinero negro en un millón y el vendedor en tres, con la consiguiente defraudación a Hacienda en todos los casos); un impresor se pone de acuerdo con dos colegas más, que

presupuestan cien pesetas más caro que el («hoy por ti, mañana por mí»), para presentar a un Ministerio los tres presupuestos preceptivos y éste contrate «legalmente» sus servicios; un empresario infla los costos para eludir la tributación por beneficios; un director de cine duplica el costo de su proyectada película para que el Ministerio de Cultura, que le puede pagar hasta el 50 por 100 de su presupuesto, se la financie íntegramente; un crítico literario exalta como la mejor la mediocre obra de sus amigos o del grupo editorial que más le agasaja; etc., ¿Qué sucedería si cada uno de nosotros accediera, por azar o por méritos, a un cargo de responsabilidad pública? ¿Seríamos diferentes de esa legión de corruptos contra los que ahora levantamos justicieramente nuestro brazo lapidador?

2. Con la actual ley electoral, el poder, conservado durante largo tiempo, corrompe por necesidad. Los diputados son meros dientes del engranaje de los partidos y carecen de autonomía para votar en conciencia. Su voto es lo que la maquinaria de su sigla predetermina y, si osa anteponer su criterio, es despedazado por el oleaje. Lo hemos podido comprobar en muchas ocasiones y, muy recientemente, en el caso de los dos jueces «independientes» que amagaron, pero no pudieron, distanciarse de la decisión del PSOE de impedir la creación de una comisión parlamentaria para investigar en particular el caso FILESA. Se ve con claridad que, con una ley electoral que permite a la nomenclatura de los partidos cerrar y bloquear las listas de candidatos, y con una mecánica parlamentaria que dicta férreamente el voto, un parlamento de mayoría absoluta o con pactos equivalentes no puede cumplir la función de controlar al Ejecutivo, tarea tan importante como la de legislar. Urge desbloquear las listas, por cualquiera de los métodos razonables existentes, y urge cambiar los procedimientos de votación en el Congreso y en el Senado. Mientras ello no se haga, los ciudadanos, a la hora de votar, tenemos la obligación moral de no propiciar mayorías absolutas.

3. El bien de España empieza por erradicar la corrupción, no por disimularla en razón del perjuicio inmediato que nos pueda suponer. Ante el vendaval

denunciador, no falta quien aboga por ser más permisivos «ya que se crea un clima que causa a nuestro país más males de los que evita». Aluden a que la desconfianza retrae las inversiones extranjeras, a que las agencias internacionales que califican el riesgo financiero de los países pueden rebajar la calificación del Reino de España, con la consiguiente dificultad de renegociar nuestra deuda externa, a que la desconfianza generalizada pone en grave riesgo la recuperación económica, y a otros argumentos del mismo género. Debemos decir con absoluta claridad que estas posturas falsamente patrióticas esconden actitudes de tibieza moral, cuando no de servilismo o interés partidista. Si no se ataja la corrupción en cuanto se descubre, la desconfianza está ya sembrada y, tarde o temprano, cobrará su tributo. Las arenas del desierto no salvan la vida de los avestruces que esconden en ellas su cabeza.

4. No se puede salir del atolladero con unos cuantos chivos expiatorios. Con unos ministros dimitidos, con algunos encarcelados y con órdenes de detención o con el juicio en rebeldía de los que escapan, no se puede redimir más que simbólicamente al conjunto de la sociedad. Es necesario que ni en la Administración central ni en las periféricas, ni en la financiación de los partidos ni en la de las empresas, haya parcelas de opacidad. Como decía Tierno Galván, lo grave no es que haya corrupción sino que la sociedad no se dote a sí misma de los mecanismos para evitarla y castigarla. Ahora bien, el castigo ejemplarizante en unas cuantas cabezas no es suficiente. Los encausados, al amenazar con «tirar de la manta» o al renunciar a ello, dejan en el conjunto de la ciudadanía la impresión de que no se está llegando al fondo de la cuestión.

5. Cualquier cuestionamiento de la democracia como responsable de la corrupción es moralmente rechazable. En algunas emisoras hemos oído la voz de una minoría de ciudadanos que quiere establecer relación de causa-efecto entre la democracia y la corrupción. De ahí a postular un cirujano de hierro, añorando otros tiempos más mesiánicos, sólo hay un paso, que nuestra ética civil no puede ni asumir ni justificar. Todas las corrupciones actuales son aniversario de

otras corrupciones que nadie pudo datar en ausencia de libertad. La democracia es, por su propia esencia, el antídoto más eficaz contra la corrupción. Cuando la corrupción se produce en un régimen democrático, hay que buscar las causas en los defectos de funcionamiento, no en la propia democracia.

6. Las raíces de la corrupción sólo pueden arrancarse cambiando los valores sociales imperantes. Hemos vivido unos lustros en los que, como los israelitas en su travesía del desierto, hemos quedado huérfanos de los valores de austeridad y autocontrol, inculcados por una educación casi siempre de carácter religioso, sin haber incorporado eficientemente los valores equivalentes que debió inculcar la ética civil. Esta ausencia de guía nos ha dejado a la intemperie en las faldas del Sinaí y hemos terminado adorando al becerro de oro y rindiendo culto al éxito inmediato. No se ha educado para el control racional de nuestros actos, sino para que nuestros actos no resulten molestos a los demás: no se apeló primero a renunciar a la droga sino a usar jeringuillas desechables; no se invitó primero al control del sexo sino al uso de preservativos; no se incentivó primero a los capitales para producir sino para especular. Aquellos polvos trajeron estos lodos, como muy bien señalaban nuestros obispos hace cuatro años en el controvertido documento «La verdad os hará libres». Nadie crea que en estos momentos pretendemos llamar del monte a Moisés para que rompa airado las tablas de la Ley y reinstaure una sociedad sacralizada. Lo que pedimos, por perentoria necesidad social, es que se instaure, con toda la fuerza de sus postulados, una ética civil de exigencia personal, una pedagogía del esfuerzo, una sociedad en la que algunos valores tengan la categoría de absolutos morales.

7. Finalmente, es positivo el actual estado de recelo y desconfianza. La situación de hoy no es diferente sustancialmente de la de hace unos meses. Lo único que diferencia el presente del pasado es que ahora conocemos mejor la realidad. Al contrario, sólo del mejor conocimiento puede surgir la catarsis y la conversión.